

Ludovico.

Nuestros lectores nos permitirán que suspendamos por un momento el curso de nuestra narracion para ponerlos en relaciones mas íntimas con uno de los personajes que debe figurar en primera línea en esta historia, y para que les demos conocimiento de algunos hechos importantes para la inteligencia de lo que va á seguir.

Desde luego debemos comenzar por decir que Ludovico no pertenecía á ese tipo de sacristanes asquerosos que conocemos afeitados completamente de la barba, de cabello largo y alisado, de cuello mantecoso y de zapatos súcios; el personal del sacristan de la Misericordia contrastaba notablemente con la profesion que ejercia, y de á leguas se veia que mejor que asear la iglesia y hacer el servicio de los altares, le habria pegado ejercer alguna profesion mecánica ó algun arte noble en que sus fuerzas y su inteligencia se emplearan dignamente.

Pero no todos los hombres son dueños de fijar su suerte y

de elegir la profesion mas adecuada á sus facultades. Hijo Ludovico de un antiguo sacristan de la Misericordia, y enseñado desde muy niño á ayudar á misa y á componer la iglesia en las festividades solemnes, habia heredado de su padre el cargo, que si no honorífico, era muy descansado y productivo.

Hechas estas explicaciones, que conjurarán sin duda las anti-patías que pudiera haber inspirado Ludovico á algunos de nuestros lectores por el ridículo empleo que desempeñaba, digamos algo sobre su carácter y acerca de las relaciones que le ligaban con la familia de la casa del molino.

Si habia resistido al contagio en lo que tocaba á su exterior, es de suponerse que en su carácter y en su corazon tenia menos de sacristan que en su vestido y en sus modales. Era amable y bondadoso, sin esa melosidad repugnante, peculiar á la gente de iglesia; y léjos de ser meticuloso y afeminado, los valientes de su parroquia le respetaban; sin que esto quiera decir que incurriera en el extremo contrario y fuese fanfarron y desengañado.

Los encantos de Marietta le cautivaron, y á fuerza de tributar atenciones á la pobre Marta y de complacer al niño Mário, que en su infantil curiosidad deseaba saber todo y algunas veces tocar con la mano algo que llamaba su atencion, logró Ludovico tener amistad con la familia y visitarla.

La perspicacia de la bella tejedora no se engañó respecto de las intenciones de Ludovico, y cuando este iba á abrir los labios para declarar su amor, ella le interrumpió contándole su propia historia y agregando que jamas se enlazaria con hombre alguno, no porque amara aun á Fernando ó soñara en llamarse alguna vez su esposa; si no porque no queria que el título de marido autorizase á nadie para echarle en cara su pasado.

Las protestas y los juramentos de Ludovico fueron completamente inútiles. La resolucion de Marietta era irrevocable. Pero no pudiendo dar su amor y su mano á quien con tal

ahinco se los pedía, le ofreció su amistad, que él tuvo que resignarse á aceptar y que desde aquel momento fué siempre pura y sincera.

Al saber con todos sus pormenores la infamia de Fernando y la desventura de Marietta, Ludovico sintió en su alma un vehemente deseo de venganza, que las súplicas de Marietta lograron con gran trabajo adormecer; y agradecido á la confianza de la bella tejedora, procurando enseñorear su amor de modo que nunca pudiera ofender á la que se le inspiraba, iba de vez en cuando á pasar algunas horas á la casa del molino, donde su paciencia para escuchar y responder á Marta, su respeto á Marietta, su condescendencia hácia Mário, sus bondades para con los criados, le hicieron querer de todos. Su presencia en aquella pequeña sociedad era siempre deseada y aplaudida.

Ya hemos visto que la noche en que desapareció Mário, Ludovico acompañó en sus investigaciones á Marietta, y sabemos tambien que no abandonó á esta durante su horrible enfermedad. Cuando la muerte vino á terminar los padecimientos de la desventurada madre, Ludovico no se apartó un instante del cadáver hasta que le dejó en el cementerio.

XVI.

Un encuentro.

Sin duda recordarán los que con algun interes hayan leído lo que de nuestra historia va escrito, que la noche en que Paco el Zurdo robó al niño Mário, entregó Cárlos á Marietta un pliego cerrado que esta no leyó inmediatamenté, y que luego olvidó por completo en su afliccion y en su locura.

Despues de su muerte, Ludovico, que como todos los enamorados gustaba de tocar cuantos objetos habian pertenecido á su amada, encontró el pliego en la bolsa del vestido que Marietta llevaba aquella noche fatal.

Vaciló un momento en abrirle, pero considerando que tal vez tendria alguna referencia á la desaparicion del niño, y despues de consultar con Marta, que no comprendió siquiera lo que Ludovico queria decirle, rompió el sello y leyó lo que sigue:

“Si la madre de Mário desea tener noticias de su hijo y saber bajo que condiciones le será devuelto, dirijase á Doña Rosa